

CEREMONIA SOLEMNE DE IMPOSICIÓN DE
LA *VENERA FACULTAD DE DERECHO* AL
LIC. JACOBO ZABLUDOVSKY KRAVESKY

Jacobo ZABLUDOVSKY*

Sr. Rector José Narro Robles. Sra. Directora María Leoba Castañeda Rivas. Maestros y alumnos de Facultad. Señoras y señores. Era Director el licenciado Virgilio Domínguez. Éramos 350 alumnos egresados, la mayoría, de la Escuela Nacional Preparatoria. Cruzamos la calle, después de dos años en el bachillerato de humanidades, y entramos a esta Escuela de Jurisprudencia. Nunca una calle tan corta y tan angosta había encerrado tantas ilusiones, angustias, desconfianza en el futuro, alegría de vivir, todo junto, tan contradictorio, tan absoluto y diverso, en la breve cuadra de Carmen a República de Argentina rebotaban como la corriente de un río incontrolable nuestros sentimientos, recuerdos compartidos o amores indecisos. Juramentos y olvido, la deuda perdonada, el olor del pan de chinno, de los libros viejos y del comal y la tortilla.

Regreso hoy a esta calle de la que nunca me alejé, con la emoción del primer día de clases en la última etapa de nuestra carrera profesional. Regreso a recoger el premio que me da la vida y a recibir, con gratitud el que su generosidad me ofrece esta tarde en el patio de la primera fotografía colectiva. Habíamos anotado, de los tableros del corredor, las materias obligadas y los horarios posibles, cada quien según su gusto o sus otros compromisos, para que las clases dejaran libres las jornadas laborales. Era mi caso.

El barrio universitario nos capturó con su diversidad de oportunidades como de bibliotecas. La de Educación aquí enfrente, la de Hacienda en Palacio Nacional, la del Museo de Antropología en Moneda, la Nacional en Bolívar, la del Congreso en Tacuba, la de Bellas Artes y la de la Hemeroteca Nacional.

* Discurso pronunciado en la ceremonia solemne de imposición de la *Venera Facultad de Derecho* al Lic. Jacobo Zabłudovsky Kravesky, que se llevó a cabo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia el 14 de mayo de 2013.

En los cafés de chinos una nueva promesa de amor eterno antes de que el pan se enfriara. Los frijoles con totopos y el bolillo con salsa búfalo. Algunas mañanas llegaban a la gorra don Pedro Rendón, candidato a la presidencia y un abogado voluntario de pobres que no era dueño ni del corbatín que le daba nombre. El centro estaba florecido de librerías. En Argentina y Guatemala la Robredo, barrida por la erupción del Templo Mayor, a una cuadra la Porrúa más sólida que nunca y entre ellas la PAX Césarman, de los tres hermanos médicos y sus padres. En Palma, la de García Purón, donde don Artemio de Valle Arizpe me enseñó a decir vengo aquí las más de las tardes, y me dedicó su “Güera Rodríguez” antes de que supiéramos lo que era un *best seller*.

Épocas en que la credencial de estudiante universitario era pase gratis a cualquier teatro. Cantinflas en el Follis, don Juan Tenorio en Bellas Artes, Borolas en el Colonial y un tal Palillo en el teatro carpa Colonial. María Tereza Montoya, Virginia Fábregas, el recién llegado Armando Calvo y las hermanas Blanch en el Ideal con sainetes españoles en contraste con Ionesco en el Caracol, primer teatro de bolsillo.

Disculpen ustedes si algo les parece trivial. Esta tarde evoco aquellos con la decepción del sueño vasconcelista, como si Mauricio Magdaleno nos repitiera en un susurro nuevo sus palabras perdidas, cuando la nostalgia es la tristeza de la memoria y el recuerdo quema como esa lágrima el día que reprobaste Derecho civil.

Hoy están junto a mí los maestros inolvidables, incomparables jamás retribuidos con el agradecimiento que merecían. Cómo quisiera darles hoy las gracias tener un acuse de recibo. Cómo quisiera poder llamar hoy a mis compañeros, amigos, hermanos de entonces, con sus nombre de pícaros ingeniosos. Como quisiera volver a ver hoy por primera vez, después de tantas en 60 años, a la muchacha a la que le cargué los libros y a cambio cargó conmigo para siempre

Señor rector, señora directora, señores profesores, señoras y señores. Gracias por una tarde así que me recuerda al viejo hidalgo cansado de caballerías decepcionantes al saludar su casa, vista en la distancia que lo separa del descanso definitivo y oír la frase dicha a su escudero y amigo y que le robo y guardo y repito con la alegría de la esperanza: “aun hay sol en las bardas”.

Jamás me cansaré de dar las gracias a nuestra Universidad, a esta escuela de cuatro siglos y medio, a los maestros héroes que nos dieron otra patria.